

«Acción de Gracias»

Tal fue la expresión con que Don Pedro encabezó un artículo suyo que cerraba un número monográfico de ARBOR (Filosofía y Ciencia en la Obra de Pedro Laín Entralgo; CXLIII, 562-3) y que tomo, en su mayor parte, para recordar al maestro. Un opúsculo que trasluce su honradez intelectual y de hombre de bien.

Más de una vez he escrito –comenzaba Don Pedro– que, cuando su nombre no es empleado en vano, la amistad requiere el ejercicio habitual de las tres actividades en que tiene su condición necesaria: la benevolencia (querer el bien del amigo), la benediciencia (hablar bien del amigo) y la beneficencia (hacer el bien del amigo). Y puesto que [ARBOR] ha querido mi bien –que yo parezca ser persona intelectual y éticamente estimable–, ha hablado bien de mí –presentando como algo realmente valioso lo que intelectualmente he hecho yo– y ha procurado mi beneficio –mostrándome que mi vida no ha sido una pasión inútil–, auténtica amistad me ha regalado. [ARBOR, Don Pedro, se ha honrado con su amistad.]

Mirando lo que intelectualmente he hecho en mi vida –continuaba Don Pedro– con entera sinceridad, no con modestia de ocasión, debo aplicarme la consabida sentencia latina *multa, sed non multum*; muchas cosas, pero no mucho. Muchas cosas que se ordenan según las tres principales líneas de mi actividad intelectual: buscar porciúnculas de verdad –en la historia del saber médico, en la práctica de la medicina, en la expresión y en el ser de la condición humana–, transmitir con la palabra hablada y con la palabra escrita lo que me enseñaron y lo que yo encontré; y suscitar en algunos la voluntad de hacer mejor que yo algo de lo que yo hice y mucho de lo que yo no hice. [Amplia ha sido, Don Pedro, su colaboración con ARBOR.]

He buscado con tesón –remachaba Don Pedro–, acaso con excesiva versatilidad, particillas de verdad; y haciéndolo he confirmado lo que lapidariamente escribió San Agustín, que sólo por la vía del amor se entra en el reino de la verdad. Amor al pasado en el historiador, amor

amor al cosmos en el físico y en el biólogo, amor al hombre y a los hombres en el antropólogo y el sociólogo, amor al Dios en que cree el teólogo. Modesta, pero honestamente, tal ha sido el fundamento de mi vida intelectual; y con su amistosa atención hacia ella, indirectamente han demostrado ser operarios de ese gremio los que generosamente han querido admitirme en su compañía. Por vocación he aprendido lo que otros hicieron, he añadido a ese saber lo poco que he hecho yo, y he tratado de enseñar a mis discípulos lo que aprendí y lo que encontré. [Ya sabéis vosotros, que de todos los dones que decía Jenofonte que compramos a los dioses con el trabajo es, en el mercado de los encontré. [Ya sabéis vosotros, que de todos los dones que decía Jenofonte que compramos a los dioses con el trabajo es, en el mercado de los valores humanos, uno de los más costosos el del nombre si es de buena ley. El de Don Pedro Laín lo es.]

Ante lo que para uno es de veras importante nunca puede ser fácil, si es persona sensible, la relación entre el callar y el decir. «Si se quiere de verdad hacer algo en serio –escribió Ortega–, lo primero que hay que hacer es callarse». Muy cierto. Pero si lo que hay que hacer es expresar una gratitud seriamente sentida, al silencio debe seguir la palabra. Y puesto que valen más quintaesencias que fárragos, como tan quintaesenciadamente proclamó Gracián, solo con tres palabras [expresaré la deuda –mi deuda, la de ARBOR– de gratitud con usted, maestro Laín, que tuvo tan magnánima actitud con todos nosotros: amigo Laín, gracias. Paz y Bien].

Pedro García Barreno